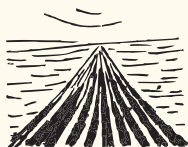


LA LENGUA DESPLAZADA



Nilo Palenzuela



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de La Lengua

LA LENGUA DESPLAZADA



Nilo Palenzuela



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de La Lengua

ISLAS CANARIAS
2017

© Academia Canaria de La Lengua

© Nilo Palenzuela

Diseño de la colección:

Bernardo Chevilly

Fotomecánica e Impresión:
Imprenta Los Majuelos, S.L.

Depósito Legal: TF 1124-2017

ISBN: 978-84-96059-51-1

Esta publicación ha contado con el patrocinio de la
Fundación CajaCanarias,
al amparo del convenio rubricado en septiembre de 2016



Me gustaría plantear en ocasión tan especial algunas reflexiones sobre la identidad, la traducción y el sentido de lo que considero central en un espacio postmoderno que hereda y multiplica hasta el infinito el significado del término desplazamiento. Se trata, en cierto modo, de una palabra que asume para mí el discurso sobre lo histórico, sobre la traducción y la identidad, motivos todos que se hallan en relación de contigüidad y que vienen a coincidir con lo que llamaré escritura desplazada, lengua desplazada. Sé que el tema resulta ambiguo y precisa de aclaraciones previas. Sé que la perspectiva adoptada, en la era

en que han caído las grandes utopías y los discursos de autoridad, debe contar justamente con lo que se planteaba hasta hace muy poco, en el siglo XX, pues emite juicios sobre hechos, libros, obras que nos han constituido. Quiero hablar, según digo, de la identidad, de la traducción y del desplazamiento. Empiezo por mostrar una anécdota que acaso explique el sentido de lo que pretendo, para enseguida hablar de traducción y desde ahí encaramarnos sobre el tema, sobre la cultura y sobre nuestra dispersa identidad actual.

Hace unos meses leía la entrevista de un escritor dominicano, Abelardo Vicioso, ya desaparecido. Hablaba allí de sus antepasados canarios, que habían estado en Puerto Rico en 1898, cuando tuvieron que salir hacia la República Dominicana ante el desvanecimiento del poderío español. Pregunté a Belkis Ramírez, artista amiga, sobre el tema y sobre una escritora dominicana, Chiqui Vicioso. Después de varios correos, corroboró que era familia de Abelardo y que sus ascendientes

venían de Asturias y de Villaviciosa, y que aquellos pasaron por Canarias y Venezuela hasta llegar a Santo Domingo. En esta respuesta estaban implícitas varias cosas importantes: la pregunta por el origen, por la identidad, y por la condición que caracteriza de forma muy especial a los que han vivido en regiones conquistadas o colonizadas: el desplazamiento. La historia se abre así en múltiples laberintos en el que perdura cierta huella trágica, lo perdido, las vivencias en torno a un nuevo lugar, y la necesidad de identificarse en un tramo del tiempo, al menos por un instante. Soy boricua. Soy dominicano. Soy canario. Lo que somos, se puede afirmar, procede de lo que no somos, de lo que hemos dejado de ser, de lo que quisiéramos ser y de lo que realmente hemos sido. Al preguntar por el origen de los desplazados se va hacia otras culturas, hacia islas próximas o lejanas, o hacia las huellas posteriores a las conquistas. Se va hacia el pasado. Nuestra identidad se cruza con la de los otros y, en sucesivos y similares movimien-

tos, los cauces se abren y bifurcan sin cesar. El desplazamiento, según indico, puede detenerse por un momento. Podemos hablar de unos siglos, de una precisa cultura, de una historia, de actitudes que se asemejan o se diferencian. Y más tarde podemos ver cómo en continuos desplazamientos (de nosotros o de nuestras inquisiciones) todo vuelve a su naturaleza primera, como si se disolviese por completo sobre el horizonte, como si se borrasen nuestras más firmes convicciones. Permanece, no obstante, la pregunta por la identidad, aunque las respuestas terminen por colarse por un hueco sin fondo. Y permanece también la conciencia de desplazados. Los insulares somos por propia naturaleza histórica desplazados, procedemos de aquí y de allá y nos constituimos con lo de aquí y lo de allá.

En nuestra época post-utópica, que se aleja de los grandes discursos de autoridad, esto se multiplica hasta el infinito con la ayuda de las nuevas tecnologías.

Yo puedo preguntar por la procedencia

de un escritor al enviar un *mail* a una amiga de Santo Domingo que vive al otro lado del mar y que responde reenviando el correo de Chiqui Vicioso, aunque vivamos en continentes distintos y hasta en horas y en días distintos. Los desplazamientos son ultrarrápidos.

He enunciado los dos aspectos sobre los que quiero avanzar, la pregunta por el origen, la procedencia, y la insoslayable naturaleza del desplazado. Plantear ahora el tema en términos de traducción, esto es, de traslación de un discurso de una lengua a otra, de *traslation*, significa avanzar en estos procesos inquisitivos sobre el desplazamiento y sobre la identidad. Al hacerlo sobre Canarias advertimos además la espiral y cambio de dirección en que han venido a dar las escrituras que crecen sobre estos parajes en que se recrean los orígenes, la genealogía cultural y hasta sus disipaciones, en época de un conocimiento transfronterizo y poco jerarquizado. En Canarias vemos además cómo el conocimiento del desplazado se descubre a medida que elige y cono-

ce, es decir, a medida que formula preguntas y respuestas, a medida que traduce y a medida que funda su territorio cultural. Los dos sentidos del desplazamiento vienen aquí a coincidir: el cambio de lugar con sus consecuencias inquisitivas y la traducción de textos o modos de ver presentes en otras lenguas.

Cairasco de Figueroa, el poeta canario del Siglo de Oro, es un hombre formado en el Renacimiento, con sólidas bases humanísticas, y está inmerso en los debates estéticos de finales del siglo XVI. En las primeras décadas del XVII publica en imprentas de diversas ciudades europeas su *Templo militante*. Habla de la vida de los santos y a veces entra en detalle sobre su rincón insular, así cuando hace referencia a la muerte de Felipe II y al catafalco realizado en el interior de la Catedral de Santa Ana, en Las Palmas de Gran Canaria. Se trata de una celebración que se dio en todas las grandes ciudades del estado. Cervantes habló con ironía del catafalco dedicado al rey en Sevilla; Cairasco, del construido en su ciu-

dad atlántica.

Pero Cairasco, desde diversas perspectivas, pregunta también por sus orígenes y por el nuevo espacio colonial en el que se halla. Trata de dar respuesta sobre el territorio transoceánico en que se mueve. Cuando busca sus orígenes, familiares o culturales, cuando mira hacia la poesía renacentista, trata de hacer suyos los pasos que preceden a su cultura, a la cultura humanística en una isla conquistada apenas unas décadas atrás. Atrae entonces a su territorio y a su lengua un poema épico italiano, *Jerusalén libertada*, de Torcuato Tasso. Traduce, recrea, traslada a su lugar y hacia su presente un poema central de la cultura europea del Renacimiento. Pero le parece poco el ejercicio de la traducción. Entonces inserta en mitad de uno de los cantos una cuarentena de estrofas que hablan de la conquista. Habla así de Guanarteme, de la naturaleza canaria, de los mitos antiguos, y de las genealogías españolas que ya circulan por la breve historia insular. El desplazado acude

a uno y otro sitio, trata de soldar las fracturas y las heridas de la historia sobre su propio recinto, trata de sentir la forzada contigüidad de un relato histórico y poético que viene de antiguo y que se alza en la épica renacentista con el poema de Tasso, un relato de cruzadas, y que apunta ahora, en manos del canario, a los nuevos territorios conquistados. Cairasco no puede menos que hacer suyas imágenes, estrofas, palabras que proceden de la cultura renacentista. En su adaptación multiplica su propia naturaleza; desplaza hasta su espacio cultural visiones que vienen de lejos. Él, que tenía orígenes familiares en Niza, inserta el relato épico de un genovés en la cultura de sus islas. Inserta también las invenciones de su propia cosecha.

También Viera Clavijo, en el siglo siguiente, es traductor, aunque su mirada va hacia Francia. A Viera le interesan las ciencias naturales, la botánica, la historia. Viaja por Francia, Alemania e Italia. Y traduce a numerosos autores, Racine, Voltaire, Perrault... , o

adopta el poema didáctico *Les mois*, de Jean-Antoine Roucher. Pero su máximo ejercicio en el sentido aquí esbozado lo constituye su *Historia de Canarias*. No es una traducción, obviamente, pero sí vierte en su obra numerosas perspectivas historiográficas e interpretativas. Numerosos relatos anteriores, incluidos los evocados por Cairasco, vienen a desembocar en *Noticias de la historia general de las Islas de Canaria*. Su mayor esfuerzo es atraer hacia su propio espacio (vivencial y al espacio conquistado) herramientas intelectuales que permitan conocer la procedencia misma de Canarias y crear de esta manera un eje posible sobre el que bascule la identidad y el reconocimiento de su particularidad. Viera y Clavijo traslada herramientas nuevas para su siglo, ideas sobre la cultura universal y el comparatismo de civilizaciones, una visión general sobre la historia del hombre que se construye con la idea de progreso y del despliegue de la cultura europea. Hace suyos, en este camino, los vínculos de mito y relato de inspiración histó-

rica (a lo Banier), y opta por construir la historia con interpretación crítica de fuentes, según convenga. Con sentido literario también, como Voltaire, selecciona hechos y traza puentes que se anudan y hacen legible su escrito.

Sin duda, Viera y Clavijo funda un sistema de reflexión que reorienta ideas que ha encontrado en Fontenelle, en Banier, en Rousseau, en Bayle, en Voltaire, en los ilustrados de su época. Todo cambia de sitio aquí, todo se traslada, lo que ha leído en los archivos tinerfeños, lo que ha visto en Abreu Galindo, Fray Alonso de Espinosa, Viana, Núñez de la Peña; y lo conduce a un relato moderno y universal: el suyo, el de un testigo de su época y el heredero de un pasado inmediato. En sus desplazamientos trama un tejido literario e histórico, acaso poco interesante para sus contemporáneos, pero que acaba por imponerse en el siglo XIX y XX. Las vivencias acumuladas en él, los hechos que sobreviven, se interpretan desde un sistema de pensamiento universal

que lo hace comprensible. Pero todo, como sabe la fenomenología de comienzos del siglo XX, es producto de una mirada que se alimenta de las circunstancias en que nace.

La historia es un relato que se mueve en torno a un eje de gravedad, el relato del progreso y de la evolución de civilizaciones, esto que solo se rompe con las grandes destrucciones del propio siglo XX, cuando las aspas, tratando de buscar nuevos centros gravitatorios, en cada espacio, en cada nación, dejan de moverse con igual ritmo para todos y salen despedidas con su trayectoria de invenciones y de catástrofes. Viera es el primero en desplazar la filosofía de la historia de su época hacia Canarias y en orientar los acontecimientos que brotan de las diversas islas en una ruta de cultura española y europea. Su esfuerzo de historiador, pero también de literato, es considerable. Lo asombroso es que, como indicó Alejandro Cioranescu, también haya contribuido y renovado las concepciones de la historia presentes en su siglo. Viera y Clavijo da

vida a una nueva forma de escribir y lo hace en un espacio colonizado. Provoca, además, cierta tranquilidad durante varios siglos, la tranquilidad de pertenecer a una cultura con orígenes clásicos. Escribe Viera: «cuando yo veo el modo con que el rey Taoro solicita la conferencia con el príncipe Zebensuí y la simplicidad con que él asa su cabritillo y el otro prepara su gofio, me parece que veo a Aquiles visitado en su tienda de campo por Néstor, Ulises y Fénix». Cuando leemos estas palabras se tiene la confianza de pertenecer, en efecto, a una cultura antigua, aunque todo sea ficción.

El desplazado, por así decir, cambia cosas de sitio, las inserta en un relato, las trae, las lleva. El desplazado traduce en todas la direcciones. Traduce literalmente o traslada motivos, herramientas de análisis, mediaciones poéticas, palabras y conceptos, de una a otra lengua, de un lugar a otro.

En esta línea aparece una figura paradigmática (para lo que aquí pretendemos). Se

trata de Graciliano Afonso, el escritor decimonónico que hace versiones y adaptaciones de textos al tiempo que dedica algunos escritos al pasado precolonial. Afonso traduce *Ensayo sobre la crítica*, de Alexander Pope, y un libro del seiscientos que parece anunciar la caída de las mejores utopías, *El paraíso perdido*, de Milton. Traduce también algunos textos griegos que van a ser readaptados una y otra vez por escritores europeos posteriores. Me refiero, por ejemplo, a *Antígona*, de Sófocles, esa escenografía de lo trágico que pone ante los ojos las decisiones políticas y los fundamentos éticos que rigen a los hombres y a las mujeres, sus lamentables destinos, sus guerras intestinas.

Graciliano Afonso es un escritor que sobresale en el siglo XIX. También lo hace porque en él se resume la naturaleza del desplazado. Opuesto al rey Fernando VII, como tantos en la batalla de la libertad frente a la monarquía absolutista, como tantos otros en la lucha con el fascismo un siglo más tarde,

Graciliano Afonso va al exilio americano. Sus pasos lo llevan a Venezuela, a Trinidad y a Puerto Rico. Graciliano Afonso continúa a la estela de la escritura desplazada. A su vuelta traduce a los clásicos griegos y latinos y, en dirección ya propia de su siglo, a los ingleses. Algunas de sus versiones, como *La Eneida*, de Virgilio, pueden encontrarse hoy en la gran vía de internet, en la *Memoria Digital de Canarias* de la ULPGC, en esta vorágine actual de las webs sobre las que se nutren numerosas identidades que pretenden todavía un eje, un origen, un relato, una identidad momentánea. En suma, en Graciliano Afonso vienen a coincidir diversas estancias de desplazamiento. También comienza a ver de otro modo las idas y venidas de los europeos. Después de su estancia americana incluso muestra una actitud crítica... y nueva. En *El juicio de Dios o la reina Ico*: «Mas a pesar de lo pequeño del suceso, es un hecho histórico del mayor interés el ver que el amor de una reina salvaje con un europeo, que una tempestad arrojó a la costa

de Lanzarote, fuese el primer paso, o por mejor decir, el primer acto de la sangrienta tragedia que había de concluir en las vastas regiones de la América la insaciable avaricia de los caníbales europeos».

Las traducciones en el siglo XX, evidentemente, se intensifican y lo hacen en todas la direcciones. García Cabrera traduce a Baudelaire, a Rimbaud, o a los surrealistas; traslada también al español un fragmento de un texto que tiene que ver con la escritura desplazada, con lo que aquí esbozamos. Me refiero al fragmento de *Retorno al país natal*, de Aimé Césaire, que es uno de los grandes animadores del movimiento de la negritud junto a Léopold Sédar Senghor, entre otros. El libro, publicado en París a finales de los años treinta pero con ampliaciones diversas a lo largo de los años, evoca la identidad de una cultura africana en Martinica y es el primer eslabón de una reflexión sobre la identidad criolla (*la créolité*) que ha atravesado con fuerza el mundo francófono. El libro pone el dedo en

la llaga del desplazamiento de los esclavos africanos a las islas del Caribe, como lo hacen textos de aquí y allá, como lo harán con posterioridad Édouard Glissant, Maryse Condé o Patrick Chamoiseau.

García Cabrera traduce el texto al español durante la dictadura franquista. Es asombroso, pues su primera aparición es de comienzos de los años cuarenta cuando el poeta canario estaba en prisión. En cualquier caso, sobre el territorio en que nos encontramos, sobre este territorio en el que da vueltas la cultura desde la época del Renacimiento, han venido a dar textos ingleses y franceses, portugueses, italianos..., y textos escritos en lenguas europeas al otro lado del mar. Las raíces y los orígenes están, insisto, aquí y allá. A mediados del siglo XX, Diego Navarro traduce la poesía de Giacomo Leopardi, en edición de amplia difusión a un lado y otro del mar. En fechas posteriores, Arturo Maccanti traduce a los poetas herméticos italianos. En los años sesenta y setenta, la tra-

ducción en manos de los animadores de *Fablas*, en manos de Eugenio Padorno, Jorge Rodríguez Padrón, Lázaro Santana, se dispersa en todas las direcciones de la cultura europea y americana, como se puede ver hoy si nos deslizamos por Internet y damos con la revista *Fablas*, insisto, en la *Memoria Digital de Canarias*, aquí donde podemos encontrar, estemos donde estemos, escritos de Cairasco, de Viera, de Afonso, o de Eugenio Padorno y Manuel Padorno, tan importantes en el proceso de fundación de la Academia Canaria de la Lengua. Desde *Fablas* y desde los años setenta la traslación, acaso porque la pregunta sobre los orígenes y sobre la genealogía cultural se vuelve más conflictiva, se aceleran sin medida los ejercicios de traducción. Por el camino, antes o después, surgen otros animadores de la traducción, Ventura Doreste con su traducción de la americana Emily Dickinson, Felipe Baeza Betancort con sus traducciones de poetas ingleses y checoslovacos y, en una dirección distinta, Antonio García Ysábal con sus

investigaciones y traducciones de textos orales africanos. Los nombres pueden multiplicarse.

Abandonemos este recorrido para abordar otros sentidos de la naturaleza de la escritura desplazada. Preguntemos por un instante. ¿Sigue siendo el ejercicio de la traducción una manera de comportarse, de ser, de quien tiene detrás largas estelas de desplazamientos? ¿Sigue golpeando la pregunta por el origen, por la identidad, y por el espacio cultural en el que se quiere estar inmerso? ¿Es un signo de una tradición? ¿No será más bien una manera de horadar las fronteras para mantener viva la naturaleza del desplazado, que puede habitar aquí y en cualquier sitio? ¿En la traducción no habrá incluso una crítica a la identidad de quien padece en el origen una fractura histórica, un desgarro trágico, una suerte de desujeción ontológica por la que el escritor ha de ir al encuentro con cierto aire de familia, con aquello, poema, relato, imagen, que puede convertirse en propio, en su manera de entender el mundo? En la traducción y la traslación

de sistemas de pensamiento realizadas por los canarios, ¿no habrá agazapada una crítica, un cambio de orientación del eje de referencia europeo?

No tengo certezas sobre esto. Pero mostraré ejemplos últimos que acaso contribuyan a despejar el sentido de lo que aquí planteamos: lengua y escritura desplazadas.

Antonio Dorta es un escritor y periodista que se dedicó en los años treinta del pasado siglo a escribir sobre Dácil y otros temas. No era un novelista ni un poeta. A finales de los años cuarenta y durante los cincuenta, cuando vive en Madrid antes de marchar a Italia, despliega una amplia actividad de traductor. Para Espasa Calpe traduce del inglés y francés diarios, vidas y biografías: Walter Scott, Stendhal, Samuel Pepys, Jules Renard, Sainte-Beuve, *Vida de Séneca*, de Diderot, *La vida del doctor Samuel Johnson*, de James Boswell, etc. Algunas de sus traducciones son conmovedoras, como *Recuerdos*, de Thomas Carlyle. Es la época en que las editoriales reclaman biogra-

fías, vidas y diarios. La mayoría de las traducciones las realiza Antonio Dorta entre 1948 y 1953. Y no se publican en Europa, sino en Buenos Aires, donde se había establecido Espasa Calpe y se había desarrollado con gran fuerza desde la Guerra Civil Española, en otro significativo cambio de lugar.

El desplazado Antonio Dorta ha dejado de pensar en Viana y las vanguardias. Practica obsesivamente la traducción por motivos de supervivencia económica. Los textos originales se desplazan al español y, con Dorta, al otro lado del Atlántico. El canario ha traducido libros, además, que permiten comprender mejor algunas publicaciones insulares, en concreto, *Crimen*, de Agustín Espinosa. Para Espasa realiza *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, de Thomas de Quincey, al que estuvo tan cercano su amigo surrealista. Y traduce, también de Thomas de Quincey, *Confesiones de un comedor de opio*, el libro que luego animaría a otro amigo suyo, Carlos Pinto Gro-

te, a escribir su *Poemas a un cultivador de opio*. Con Antonio Dorta la naturaleza de los desplazamientos se multiplica, más allá de los límites canarios. La pregunta sobre el origen comienza a ser diferente a mediados del siglo pasado. En cualquier caso, con Antonio Dorta hallamos también las críticas y trampas en las que pueden caer los escritores insulares. En 1950 traduce *Poesía y poetas ingleses*, de Matthew Arnold, el escritor inglés del siglo XIX, helenista y animador de la nueva valoración crítica que se extendería a lo largo del siglo XX a un lado y otro del Atlántico. Con Arnold viene la idea de que las obras han de verse en su dimensión trasnacional, valorando lo mejor, lo excelente. Tras de sí las obras tienen como referentes a los grandes nombres clásicos. Son estos los que hacen reconocer lo importante. Es preciso, dice, estar «constantemente mirando el horizonte lejano y, sobre el horizonte, la cordillera de los grandes poetas». Arnold piensa en Homero, en Dante, Shakespeare. Su crítica se vuelve entonces

feroz contra los nacionalismos: «El charlatanismo no hace más que confundir o anular las diferencias entre lo excelente y lo inferior, entre lo sano y lo insano o solo semisano, entre lo verdadero y lo falso o solo semifalso». La importancia de las obras no tiene que ver con la historia ni con los elogios que crecen de experiencias particulares pues llevan a la sobreestimación cuando solo tienen importancia local.

En efecto, con la traducción de Antonio Dorta tropezamos con uno de los pozos por los que pueden abismarse aquellos que preguntan sobre su origen, sobre su historia, sobre su condición de desplazados, sobre sus tradiciones. Podemos hacer una historia local, pensar que Cairasco, Viera, Afonso, Nicolás Estévez, sus traducciones e invenciones, constituyen una tradición singular e incardinada en la cultura europea. Este es el peligro que tiene quien pregunta por sus orígenes, su pasado, y del que está dispuesto a fijar un territorio cultural, cuando parte de premisas

ya concebidas. Pero ¿se puede hacer otra cosa?

La trampa, no obstante, a pesar del idealismo y antihistoricismo de Arnold (que llega a Eliot y, en nuestra lengua, a Cernuda y Octavio Paz con otros matices) se deja ver nada más dar unos pasos. Existe el tiempo. Existe el desplazamiento. El eje de la cultura universal, sobre el que basculaban las valoraciones del siglo XIX y comienzos del XX, suelta sus aspas para que sean reinventadas aquí y allá. La sujeción ontológica ya no es posible, como tampoco la atadura histórica y su quimérica finalidad. Antonio Dorta está traduciendo a los grandes escritores de lengua francesa e inglesa, también a americanos como Emerson, justo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando traduce a Diderot para poner sobre la mesa el compromiso del escritor con sus circunstancias sociales y políticas. Los ideales nacionales y las invenciones de la identidad se han desencajado de su raíz. Puede perseguirse la identidad, la historia nacional o transnacional. Puede recrearse una cultura y

hacerla oscilar sobre un eje «identitario». Pero cuando se viene abajo una gran gravitación cultural como la europea, también puede precipitarse cualquier otra. Solo es cuestión de tiempo. La Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial no solo produjeron infinitos desplazamientos, en todos los sentidos del término, sino una manera de estar que no permitirá volver al punto de partida. El desplazado no puede sortear su condición.

Arnold pensaba en Homero, en Dante, en Shakespeare. Pero en el territorio de los desplazados y de las regiones poscoloniales, la cultura puede hacer de un Ulises un personaje por el que avanza la identidad con raíces africanas, como hace el nobel Derek Walcott en Santa Lucía o como propone el martiniqués Aimé Césaire al mezclar a Calibán con un dios-diablo negro. Las traducciones, como muestra la amplia actividad de Dorta en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, nos zarandean de un lado a otro, de una vida a otra. El desplazado del siglo XXI y,

desde luego, las generaciones de desplazados canarios que viven hoy en cualquier continente, no están dispuestos a hacer excesivos esfuerzos para levantar losas culturales y hacerlas girar en torno a la identidad. Somos de aquí y de allá. Nos adaptamos fácilmente. Nos desplazamos a toda velocidad.

En cualquier caso, después de 1950, todo se libera, y con costosos sacrificios para la cultura antigua. La de-sujeción de esto que somos, la de-sujeción ontológica, siempre halla tierra sobre la que transitar y mar sobre el que moverse. No parece casual en este sentido que a comienzos de 1960 se echara a andar un proyecto que ponía el acento de cierta identidad fuera del continente europeo, en la Macaronesia, y que acudiera de inmediato a la traducción de portugueses para activar la idea de que somos desplazados en tierras adquiridas, aquí donde la diferencias de orígenes y de culturas se hacen visibles muy pronto. Bascular en el terreno de esta creación, de la Macaronesia, debilita la voluntad canónica de un

Arnold y de sus seguidores, mal que nos pese. Se puede observar lo mejor y más excelso, pero también lo que carece de soportes eurocéntricos. El desplazamiento es nuestro signo, y el signo de Abelardo Vicioso, y el de los escritores de Azores, de Madeira, de Cabo Verde, y de tantos al otro lado del mar.

La traducción que abre este horizonte que en los últimas décadas ha ganado seguidores tiene una historia. En 1962 se funda en la Universidad de La Laguna un Lectorado de Portugués. En 1964, E. Serra, J. Régulo y S. Pestana recuperan una obra: *Saudades da terra*, de Gaspar Frutuoso, inédita durante años en portugués. Y traducen algunos capítulos del libro I, el dedicado a las Islas Canarias, a su conquista, a sus gentes, sus orígenes. Traducen, por ejemplo, el pasaje en que Frutuoso no termina de explicar la diferencia de lenguas de los aborígenes canarios, que atribuye a la época de Trajano o de los cartagineses, cuando se practicó el castigo de cortar las lenguas a los bárbaros y de abandonarlos

en las islas. Supone que en cada isla solo los que permanecieron juntos pudieron entenderse. Gaspar Frutuoso, como tantos en su época, todavía cree en el origen común de los idiomas.

En cualquier caso, el Lectorado de Portugués nos pone ante un clérigo, nacido en Azores, formado en Salamanca, que redacta en la década de 1580, esto es, cuando Cairasco de Figueroa es ya poeta conocido, una serie de libros que describen la historia de los territorios conquistados fuera del continente europeo. Dedicar sus palabras a la isla de São Miguel y a las otras islas de Azores, y a Madeira, adonde Juan de Betancourt no pudo llegar, lo que, según indicó Frutuoso, le llevó a seguir adelante para tomar posesión de Lanzarote. *Saudades da terra* también habla de la conquista y poblamiento de las islas de Cabo Verde.

Gaspar Frutuoso, entonces, mucho antes de que se diera contenido geológico, botánico o político al viejo término de Maca-

ronesia, es el primero en abordar la escritura de desplazados allende el continente europeo, en archipiélagos situados en el Atlántico y que entran en la historia en el siglo XV. Los insulares vienen del continente, o son arrancados de su condición de «bárbaros» y obligados a instalarse en la época renacentista. Algunos son esclavos, africanos en Cabo Verde, canarios en Madeira, pero son sobre todo normandos, portugueses, castellanos, desplazados de aquí a allá, que se insertan en una historia que avanza ya hacia las Antillas. *Saudades da terra*, el libro redescubierto por los animadores del Lectorado de Portugués a mediados del siglo XX, es un texto que se sitúa sobre la Macaronesia. La traducción emprendida en 1964 bien merecería que se ampliase, pero en sí misma supone que ha existido un escrito que habla de vasos comunicantes entre Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde, esto que hoy puede reanimarse a través del diálogo con unos y otros, y que se ha potenciado de forma institucional en las últimas décadas o,

como pudimos ver meses atrás, en el contacto directo de la Academia Canaria de Lengua y la Academia Cabo-Verdiana de Letras. La Macaronesia, no obstante, de difícil modo podrá servir de soporte a la identidad y a la desujeción que hemos venido enunciando.

Traducir, trasladar, enredarnos en los laberintos de la memoria nos lleva lejos, tan lejos como a los insulares que fueron a América a finales del siglo XIX y que estuvieron en San Juan de Puerto Rico, en La Habana, en Santo Domingo, antes de salir pitando hacia otro lugar. Pero acaso la lejanía y la proximidad hayan cambiado de sitio o se hayan vuelto intercambiables en los nuevos desplazamientos. Los canarios hoy tratan de sobrevivir en lugares más remotos, no ya en N.Y., en Santiago de Chile, en Caracas o en Dakar, sino en Kioto o en las ciudades de Nueva Zelanda y Australia. Los canarios nos desplazamos de aquí para allá, cambiamos de lengua, nos adaptamos. La identidad se ha vuelto muy porosa. Escribo, pienso o siento en esta ciudad, mis

antepasados son aquellos, mi memoria es esta. De la misma manera, aquí, en La Laguna, en Arrecife, en Las Palmas, o en Mindelo, en Ponta Delgada y en Angra do Heroísmo, nos plantamos ante la escritura, enviamos correos a unos y a otros, nos informamos en diversas lenguas, nos movemos a toda prisa. Nuestra escritura va y viene. Las nuevas generaciones se desplazan mucho más rápido. Sus casas están en cualquier sitio. Solo deberíamos tener la precaución de recelar ante campanillas excesivamente locales y no perder de vista, acaso como tributo a la herencia de Arnold y de Antonio Dorta, que existen mejores y peores, a pesar de que las aspas con las que se mueven las culturas no tienen ya un solo eje de gravitación. Aquí y allá, para los escritores o para los que hablamos de una peculiar memoria, las palabras hablan de una corriente que no se detiene y que siempre procede de otro lugar. Nos desplazamos, erramos a veces, otras logramos comunicarnos de verdad. Los insulares pintan, trabajan, cosen, hacen cine,

cocinan, se ganan la vida en cualquier país y bajo cualquier lengua. Acaso este es el resultado de una cultura sin excesivas sujeciones y que adquirió el hábito de llevar de un lado a otro palabras y relatos.

